

Los límites del mal se adaptan al siglo XXI

El nazismo lo cambió todo y el mal comenzó una sigilosa relativización. Los avances de la ciencia y la globalidad de la moral también han contribuido. Giner, Valcárcel, Ovejero, Argullol, Usón y Guerrero analizan este elemento clave en la literatura universal. Por Winston Manrique Sabogal

CUÁNDO ENTRÓ EL mal en Adí, como llamaba su madre a Hitler de niño? Aunque el mal no es un ente, ni un ser abstracto que se encarna en nadie, hay quienes se hacen esta pregunta cuando piensan en alguien considerado muy malo. La filosofía busca una explicación al origen de la maldad. La sociología y la ciencia también tratan de armar el rompecabezas que ha podido causar. Pero donde la razón no alcanza entra la imaginación.

La verdad es que "el descrédito de la maldad es hoy absoluto. Ha llegado el momento de restaurar y restablecer el mal, teniendo siempre en cuenta los avances de la racionalidad y la ciencia", reclama Salvador Giner, que publica *Sociología del mal* (La Catarata). Durante muchos siglos el hombre se debatió entre la bondad y la maldad en un mundo moralmente bipolar, recuerda el sociólogo. "No obstante", agrega, "la llegada de la ciencia moderna fue socavando la noción de responsabilidad, y con ello la de la mala conducta y el daño intencional. Resultaba así que hasta el malvado era víctima de pasiones incontrolables, genes equivocados o ADN heredado. Se hizo imposible así una biología, una psicología y hasta una sociología del mal. La culpa se desvaneció: la 'culpa' de los males la tenía ahora el capitalismo, el

"La ciencia moderna socavó la noción de responsabilidad. La culpa se desvaneció", dice el sociólogo Salvador Giner

instinto territorial innato, la psicopatología, y así sucesivamente". A Giner esta deriva no le parece correcta y aboga por que "la filosofía moral y la teoría sociológica vuelvan a incorporar el mal a sus pesquisas, y a considerarlo con rigor. En un mundo presa del terrorismo, de los daños evitables y los horrores innecesarios, esa es hoy la tarea de la razón".

Y no un rosario de especulaciones. Tras el paso de Adolfo Hitler por el mundo nada volvería a ser lo mismo. Todo lo concerniente al mal empezó una sigilosa relativización, se empequeñecieron las maldades pasadas y futuras; las fronteras del mal se hicieron más flexibles y móviles; la información de y sobre malos y maldades en un mundo hiperconectado parece impermeabilizar a la gente. Una huella que no deja de rastrear la literatura con personajes reales y ficticios. Un asomo a ese enigma se celebrará este fin

de semana en las Conversaciones Literarias de Formentor: *La novela más mala del mundo. Maldad, perfidia y espanto en la literatura*.

La solución poética de la imaginación y de la literatura es una ventana ante la incapacidad de la razón para explicar el mal y la maldad en ciertas personas. Una aporía. Norman Mailer lo hizo con Hitler, en 2007. Fue la salida que encontró: novelar la infancia del *führer* y subir por el río de aquella vida en busca de desentrañar un misterio al que llamó *El castillo en el bosque*, a la sazón su último y póstumo libro. De sus páginas salieron más preguntas.

Esos interrogantes cobran vida en un momento en que las fronteras del mal y sus diferentes formas, explica la filósofa Amelia Valcárcel, "se han hecho más móviles en lo social. Más innovadoras en términos morales. Cosas que antes eran consideradas como malas ya no lo son, o empiezan a dejar de serlo. Un ejemplo es la homosexualidad, que hoy en varios países no es condenada y los Estados velan por la igualdad de derechos de las personas". Valcárcel asegura que "no existe ninguna sociedad o cultura a lo largo de la historia que considere que el mal sea la norma. Los especialistas en él son las formas religiosas morales".

¿Un invento o una banalidad?

"El mal no existe. La libertad tampoco. Dios tampoco. Las tres cosas están interrelacionadas", argumenta José Ovejero, novelista y autor del ensayo *La ética de la crueldad*. "Spinoza", añade Ovejero, "escribió que los humanos se creen libres porque conocen sus actos, pero no las causas de estos. Y la neurociencia nos dice que nuestras decisiones están tomadas antes de que seamos conscientes de ellas. Nuestras decisiones no son tales: son resultado de la herencia genética y de la experiencia". Así es que para Ovejero, "el mal es solo un invento tranquilizador: justifica nuestro odio y nuestro miedo".

Pero es un tema que ha desvelado a los pensadores a lo largo de la historia. Cuando Immanuel Kant dijo que "el hombre es malo por naturaleza", no se refería a que eso era lo que primaba en él, sino a que el mal es algo que se puede dar en el ser humano, no es sobrenatural. Recalca que el individuo se mueve entre su principal inclinación, hacer el bien y lo social para poder avanzar, y alguna pulsión opuesta. Es cuestión del libre albedrío. El mal no obra sobre sí mismo. Surge cuando en el acto normal de alguien al mirar alrededor y compararse con otros se antepone su amor propio al bien común.

Hannah Arendt abordó la cuestión desde otra esquina. Lo recordó el Nobel sudaficano J. M. Coetzee en su ensayo de la novela de Norman Mailer sobre Hitler: "La lección de Adolf Eichmann, nos enseña Arendt en

En la lista negra

La Biblia es un vergel de malos. El mundo se abre con el asesinato de Abel a manos de Caín y se cierra con el anticristo liderando el Apocalipsis.

Shakespeare creó grandes malos, desde el Yago que susurra su veneno calumniador a Otelo hasta Lady Macbeth, que desliza el suyo para ayudar a que su marido sea rey.

En el mundo fantástico reina Sauron, que desata sus fuerzas oscuras en la Tierra Media de *El señor de los anillos*, de Tolkien. Magia negra es la que despliega Lord Voldemort en el colegio Hogwarts de *Harry Potter*, de Rowling.

Entre los malos incansables figuran el inspector Javert, que persigue a Jean Valjean, en *Los miserables*, de Victor Hugo, y un contemporáneo como Anton Chigurh, el psicópata asesino de *No es país para viejos*, de McCarthy.

Relaciones especiales con el mal son las de Kurtz en *El corazón de las tinieblas*, de Conrad, y la del músico Faustus y su pacto con el demonio en *Doktor Faustus*, de Thomas Mann. Entre los malos más populares están el profesor Moriarty de la serie de *Sherlock Holmes*, de Conan Doyle; el tirano cerdo Napoleón de *Rebelión en la granja*, de George Orwell, y Mister Hyde, la personalidad criminal del Doctor Jekyll, de Stevenson.

Entre las bandas de violentos malvados porque sí figuran los cuatro amigos, encabezados por Alex, de *La naranja mecánica*, de Anthony Burgess.

la conclusión de *Eichmann en Jerusalén*, es la de 'la temible, más allá de toda palabra y pensamiento, banalidad del mal'. Para Mailer, explica Coetzee, si la filósofa "tiene razón y el mal es banal, eso es infinitamente peor que la posibilidad opuesta de que el mal sea satánico". Cuando Arendt escribió el libro, añade el Nobel, "se propuso mantener viva la paradoja de que si bien las acciones de Hitler y sus secuaces pueden superar nuestra capacidad de entendimiento, no hay en su concepción profundidad de pensamiento, ni grandeza de intenciones. Eichmann nunca fue consciente, en el pleno sentido filosófico, de lo que estaba haciendo".

... Y llega la fascinación...

Lo que sí ha cambiado, insiste Amelia Valcárcel, es la metamorfosis que ha vivido el mal al haberse hecho más atractivo a algunos ojos: "Hay una tendencia hacia la fasci-

nación por él. Esa cercanía aumenta desde el Romanticismo". La literatura amplió su espectro y le dio otra carta de naturaleza. Todo eso, según Valcárcel, se afianza y diversifica en tiempos digitales que muestran un catálogo de maldades a un solo clic.

Crueldad, crimen, vileza, perfidia, daño, perversidad, injusticia, insidia o infamia son algunas formas de maldad cuyos conceptos y coordenadas se han alterado o suavizado.

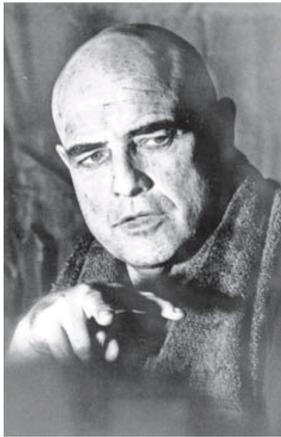
Son los ecos nacidos en 1667 con *El paraíso perdido*, de John Milton. Los de "mal, sé tú mi bien". Ese libro es un punto de inflexión, analiza Rafael Argullol. El escritor y pensador recuerda que "el mal siempre ha estado presente en la literatura, desde *Gilgamesh*, pero hay un momento en que los escritores lo empezaron a hacer más visible". La influencia de aquel paraíso se extendería por la Ilustración, y "con la llegada del Romanticismo aumentaría". El ser humano miró dentro de sí, reconoció luz y descubrió oscuridad. Fue el hallazgo de los grises. Semillas del cambio del canon estético, ético y moral al que contribuyeron autores como el Marqués de Sade y Lord Byron. "Los malos no solo eran seres encarnados de malignidad. Tenían motivos y causas. Surgieron personajes magnéticos". El autor de *La atracción del abismo* cita como ejemplo *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad. Allí, Kurtz es la representación de una persona que se pasa a las tinieblas, y Marlow, que va en su busca, sin darse cuenta, siente fascinación por él.

La imaginación como salida

Si la moral y la ética de los dioses griegos son más flexibles según sus intereses, el catolicismo predica el blanco y negro. Así, Caín es el primer malo sobre la faz de la Tierra, según la Biblia. ¿O fue Eva, tentada por la serpiente? El mal se esparce por la Tierra. Siglos después, san Juan narra en el *Apocalipsis* la llegada de un monstruo de siete cabezas que se encarnará en un niño como el anticristo. Es la venganza por la batalla librada en el origen de los tiempos cuando el ángel Luzbel se rebeló contra Dios, y, tras pelear con el arcángel, Miguel cayó a los infiernos, desde entonces siembra el mal.

Hasta allá va Norman Mailer en la historia de su libro, y de paso refleja las raíces de otros malos terrenales... Nerón, Atila, Torquemada, María I la Sanguinaria, Rasputín, Josef Stalin, Pol Pot, Idi Amin...

Clara Usón indagó en *La hija del Este* en un malo contemporáneo: Ratko Mladic, acusado de crímenes de guerra y genocidio por el asedio a Sarajevo, en la guerra de Bosnia, entre 1992 y 1996. Tras esa investigación y haberlo llevado a la literatura, Usón se pregunta: "¿Existe el Mal, así, con mayúsculas, o solo hay actos malos o buenos, y su maldad



De izquierda a derecha y de arriba abajo: Marlon Brando como el coronel Kurtz; Jackie Cooper y Wallace Beery como Jim Hawkins y Long John Silver; Lionel Atwill como James Moriarty; Boris Karloff como el Capitán Garfio; Javier Bardem como Anton Chigurh; Irene Worth como Lady Macbeth.

Demonios somos todos

Por Alberto Manguel

Al principio de nuestras literaturas, el mal no es humano. En la epopeya de *Gilgamesh*, es un toro salvaje que el rey y su compañero matan. En la historia anglosajona de *Beowulf*, es un monstruo llamado Grendel (y también su madre) cuya guarida está en un pantano. En el libro de Génesis es la serpiente, y en el de Job es el demonio, que apuesta con Dios. Poco a poco, el mal empezó a parecerse a nosotros, y con ello cobró tonos más sutiles. En la literatura española aparecen *la Celestina*, el ciego que abusa del *Lazarillo*, el comendador de Fuenteovejuna, los duques que se burlan de Alonso Quijano, Don Juan Tenorio. Son malvados sutiles cuya crueldad (los críticos sociológicos, psicológicos, políticos que, sin embargo, no sirven (el lector siente) para entender a la madre de *Grendel* o al demonio.

En la literatura infantil, los malvados también tienen razones, pero éstas tampoco son importantes para entender las acciones del personaje: la madrastra, la bruja, el ogro necesitan ser malos para que *La Cenicienta*, *Hansel y Gretel* y *Pulgarcito* tengan finales felices; si el lector entiende que son también envidiosos, avaros y celosos, su maldad esencial es una calidad mayor que la suma de las otras.

El Marqués de Sade entendió esto cuando dio a sus sádicos razones filosóficas: el lector escucha estas razones, pero el mal de las acciones sigue estremeciéndole sin justificación válida. Después de los horrores de la II Guerra Mundial que otorgaron visibilidad universal al mal que antes pensábamos (equivocadamente) estaba sólo en los cuentos, la literatura intentó proponer explicaciones más complejas al horror de ciertos actos infames. Aparecen entonces historias del mal cotidiano cuyos protagonistas inmorales adquieren en la página una paradójica calidad heroica: el mal redimido porque es aceptado por la víctima (*Cincuenta sombras de Grey*) o porque comete actos brutales en nombre de la víctima (la saga de Hannibal Lecter). Sabemos que el mal fue siempre actual, inefable e incomprensible. Quizás la literatura, aunque no logre explicarlo, sea nuestra manera de decir el mal y confrontarlo. •

o bondad vendrá determinada por la moral, la religión y la cultura predominantes? Es la vieja disputa entre Platón y Aristóteles, entre nominalistas y universalistas, para los cuales el mal, el bien, la libertad, la patria, la fe no son palabras abstractas, sino realidades. Quien está dispuesto a morir por la patria o la fe está dispuesto también a matar por ellas: Mladic es un ejemplo. Y también era un hombre honrado, un buen marido y un buen padre, un hombre muy religioso. Da que pensar”.

La literatura también se ha ocupado de malos “corrientes”. Truman Capote lo hizo en *A sangre fría*. Indagó en el atroz asesinato de la familia Clutter por parte de Perry Smith y Dick Hickock. Leila Guerriero ha rastreado la vida de varios criminales latinoamericanos al coordinar el libro de perfiles *Los malos* (Ediciones UDP), hecho bajo la pregunta ¿de qué está hecho un malo?

La periodista y escritora no piensa que “el mal duerma agazapado en cada persona y sea una circunstancia determinada la que lo despierte. Creer eso sería quitarle al malo toda responsabilidad sobre sus actos”. No duda en afirmar que hay una elección personal, “y en esa elección pesan diversas cosas: una convicción, una manera de ver el mundo, una circunstancia. Los malos nos interpelan como sociedad: ¿cómo es posible que en nuestras sociedades hayan prosperado tipos de esa naturaleza? Por otra parte, aunque el mal es diverso, preferimos pensar en el mal como arquetipo. Esa idea nos resulta tranquilizadora: si existiera una fórmula —si, por ejemplo, tuviéramos la certeza de que alguien que ha sufrido maltrato en la infancia resultará, sin dudas, un individuo malo— podríamos detectarlo. Mi sensación es que el mal está, muchas veces, en manos de gente perfectamente común”.

Maldades cotidianas

El interés por conocer los entresijos del mal y sus formas y manifestaciones es tal, que la novela negra o policíaca vive un momento de esplendor. Acerca ese territorio a predios que recuerdan maldades más comunes. La infamia es una de ellas. La conoce el poeta y narrador Francisco Ferrer Lerín. La noveló en *Familias como la mía*: “La actividad principal del protagonista es considerada jurídicamente infamante, es la de esparcir o expositar de cadáveres en el monte, como suministro complementario de comida a las grandes aves necrófagas y a otras especies amenazadas de extinción. Y así, la descripción en un libro de una actividad beneficiosa para el medio ambiente es catalogada como infamia de hecho”.

En un espacio más corriente y del que todos han sido por lo menos testigos circula la calumnia. “Según Dante, en un profundo

foso del infierno gime el calumniador”, recuerda Basilio Baltasar, autor de *Pastoral iraquí* y presidente de la Fundación Santillana, organizadora de las Conversaciones de Formentor. Explica que “el asesino posee frialdad o cólera; el ladrón, una cierta intrepidez; los glotonos, avaros y adúlteros calman su apetito con relativa modestia; pero el difamador necesita una gran imaginación narrativa. Como encarnación del mal, el calumniador no supera a los grandes criminales, pero la corrosión que produce es más perfecta: incansante, despiadada, impune. En el teatro del mundo, las dotes escénicas del difamador son muy influyentes”.

Como Yago, en *Otelo*, de William Shakespeare: “Señor, veo que sois juguete de la pasión, y ya me va pesando mi franqueza. ¿Queréis pruebas?”. Y su destino será como las preguntas del mal que van al mar de las respuestas perdidas. •